



POSFOLIO

EL PATRIMONIO EN EL TIEMPO

Marina Waisman

Historiadora y crítica de arquitectura,
académica de Bellas Artes de Argentina.

La profesora Marina Waisman, historiadora, crítica de arquitectura y académica de Bellas Artes de Argentina, analiza en estas líneas los nuevos significados del patrimonio a la luz de los cambios históricos de la segunda mitad del siglo xx. Astrágalo lo reproduce como recuerdo a la memoria de una de las personalidades más agudas en el panorama iberoamericano del pensamiento y la historia de la arquitectura.

El concepto de patrimonio es un concepto cultural, y por ende de carácter histórico; inmerso en el transcurrir del tiempo, queda sujeto a las mutaciones que este transcurrir implica. Es menester, por tanto, revisar una y otra vez su significado, a medida que el curso de la historia así lo exige. El presente texto es un ensayo de analizar esos nuevos significados a la luz de ciertos cambios históricos ocurridos a lo largo de la segunda mitad de este siglo, que se han hecho cada vez más evidentes en los últimos tiempos. A ese efecto, distinguiré tres ámbitos principales en los que a mi juicio se han producido cambios que afectan al concepto de patrimonio: el ámbito de la historia social, el de los paradigmas del pensamiento filosófico y el conocimiento científico, y el del universo informático.

115

Las transformaciones sociales ocurridas en gran parte de este siglo, las que a su vez entrañan transformaciones culturales, pueden advertirse tanto a escala mundial como en el interior de los países. Pues a partir de los procesos de descolonización, naciones que habían permanecido en la órbita cultural de Occidente reivindicaron el valor de sus propias culturas y de su propia identidad; por otra parte, desde la década del 60 grupos sociales que se sentían marginados en sus respectivos países reclamaron su derecho a una definición cultural propia; por último, en tiempos recientes las migraciones masivas causadas por las guerras o la miseria han originado profundos cambios en la composición de la población de los países centrales. Se pusieron en evidencia así diversas subculturas y complejas situaciones en el seno de culturas que habían aparecido históricamente como unitarias. Simultáneamente, el

modelo moderno de desarrollo científico, cultural y artístico entraba en crisis, en parte debido a esas mismas transformaciones que desvelaban la cara opresora de la racionalidad moderna.

Las consecuencias de tales cambios para el tema que nos ocupa —cambios que implicaron la pérdida de la hegemonía absoluta del modelo cultural europeo— se expresaron en los países no centrales mediante la emancipación con respecto a los valores monumentales propios de la tradición arquitectónica y urbana europea. (El florecimiento de una historiografía latinoamericana de la arquitectura basada en pautas propias de valoración así lo atestiguan.)

Y por otro lado, a nivel más general, se expresó en algo que podría calificarse como un proceso de «democratización» de la historia, con el reconocimiento del valor de un patrimonio que representara ya no exclusivamente a las grandes instituciones sino al complejo conjunto de cada comunidad. Los cambios en la ciencia historiográfica coadyudaron sin duda a esta transformación: el acento puesto en la historia de las sociedades en lugar de los acontecimientos políticos encontró su paralelo en la historiografía arquitectónica. Así, ingresaron al campo patrimonial el tejido urbano y rural, la arquitectura industrial, los ambientes urbanos, todo aquello que se ha llamado el *patrimonio no-monumental*, objeto de especial interés en nuestra América, dadas las características de nuestro patrimonio. El patrimonio, así, se convierte en el testimonio de la vida de un pueblo, antes que en un conjunto de objetos de elevado valor arquitectónico, de carácter museístico más que vital.

116

Globalización

La tendencia a la globalización del mundo parece haber producido, como reacción, una exaltación de las reivindicaciones locales o regionales, y la actual situación en países del Este europeo es una dramática prueba de esto.

En el terreno de la arquitectura, la contradicción entre internacionalismo y localismo, entre la «aldea global» y cada una de las «aldeas» particulares permanece viva, con el péndulo inclinándose ya a uno o a otro de los extremos. En América Latina, sin embargo, una importante corriente del pensamiento y la práctica arquitectónica han transmutado esa contradicción en tensión creativa, a través de la fórmula de una «modernidad apropiada» (Fernández Cox), con la que se asume la complejidad de una actitud en la que la aceptación de situaciones locales no implica el rechazo de la condición moderna y de los valores universales.

En lo referente al patrimonio, el peso de las fuerzas locales, sin duda acentuado por la necesidad de afirmar una identidad propia, ha ayudado a la valoración de un patrimonio que puede o no tener vigencia a escala internacional, pero que se considera significativo a escala local o regional. El reconocimiento de tales valores ha enriquecido el acervo patrimonial de las regiones no centrales, contribuyendo a definir perfiles culturales particulares.

Asimismo, se hace evidente, en la mayoría de los países de América Latina, la contradicción entre las consecuencias del sistema económico-financiero global, que hace que gran parte de los gobiernos se retiren de la tutela de su patrimonio (a menos que éste sea fuente de recursos a través del turismo) mientras crece entre la población la conciencia de la importancia de los valores patrimoniales como apoyo a la búsqueda de identidad.

La expansión del Neoliberalismo, a consecuencias de la cual el Estado, custodio natural de los bienes patrimoniales, tiende a perder protagonismo, pone en mayor peligro un patrimonio ya amenazado de antiguo por la falta de recursos y de decisiones políticas. La situación es muy diversa en los distintos países de América Latina, pues en algunos de ellos (Colombia, México) existe ya una tradición referida al cuidado del patrimonio, pero debe afirmarse una vez más lo que es ya un lugar común, esto es, que en la comunidad misma es donde reside la verdadera fuerza capaz de mantener vivo su patrimonio.

Por otra parte, las visiones totalizantes del mundo, que en la sociedad tradicional tenían como base simbolizaciones, o bien dispositivos políticos, se efectúan ahora por procedimientos instrumentales y tecnológicos, que funcionan de manera abstracta e impersonal. Las fuerzas económicas, antaño ligadas estrechamente a las necesidades de la producción y del consumo, constituyen hoy una red autónoma que se rige por sus propias leyes, indiferente a los destinos de la producción a la que supuestamente está dedicada a sostener.

Es éste un proceso que en última instancia desvaloriza al individuo, cuya identidad se diluye bajo el efecto del número. Disueltas o debilitadas las instituciones y los valores simbólicos que daban marco a la vida individual (clases sociales e ideologías políticas, entre otras), el ser humano queda abandonado a sí mismo, «perdido en el aparato» (Jaspers).

117

Una de las paradójicas consecuencias de esta situación es la aparición de procesos de desmasificación, de descentralización, que desembocan, en parte, en una exacerbación del individualismo, hasta tal punto que se habla de una segunda revolución individualista (Balkandier, Lipovetsky).

La presencia del patrimonio, como evocación y afirmación de una memoria colectiva, como nexo entre individuos que comparten una historia común, puede resultar un instrumento útil para restablecer, al menos en parte, el equilibrio entre totalidad abstracta e individualismo patológico.

La pérdida de preeminencia del paradigma del conocimiento que puede caracterizarse como mecanicista, racional, newtoniano o cartesiano, y su sustitución por una visión del mundo en la que se admiten lo imprevisible, el indeterminismo, la complejidad, una concepción en la que el tiempo desempeña un papel fundamental, tiene implicancias quizás menos manifiestas en el concepto de patrimonio que las señaladas en el punto anterior (y por tanto en el tratamiento de éste), pero sin duda más profundas, pues hacen a su condición existencial, a su modo de «estar en el mundo».

Complejidad

Uno de los rasgos del nuevo paradigma es el reconocimiento de la complejidad, que se opone a los diversos reduccionismos y simplificaciones. El principio de complejidad ataca el tipo de pensamiento mutilante que separa y clasifica los elementos de un fenómeno estudiándolos como partes aisladas del todo. Si se toma en consideración que el hombre es un ser bio-socio-cultural, y los fenómenos sociales son también, asu vez, multidimensionales, se ha de reconocer la imposibilidad de conocer un fenómeno –y en particular un fenómeno no cultural– a través de sus partes tomadas como entes autónomos; se ha de aceptar la necesidad de observar sus distintos aspectos integrados en un todo, privilegiando las diferencias, para establecer un diálogo menos mutilante con la realidad. Es éste un tipo de conocimiento que implicará siempre una cuota de incertidumbre y de contradicción, inconcebibles en el pensamiento mecanicista, que supone la total cognoscibilidad del mundo por medio de la razón. Un paradigma de la complejidad, así, en lugar de reducir lo complejo a lo simple, integraría lo simple a lo complejo (Morin).

118 De acuerdo con esto, el edificio patrimonial no podrá ser entendido en base a algunas de sus cualidades con abstracción de las demás. No podrá ser considerado meramente como un objeto artístico o como un testimonio histórico, mirando a un aspecto aislado de su condición: deberá ser estudiado y tratado como un complejo en el que coexisten la materia y su organización, los significados culturales y los valores estéticos, la memoria social, el papel urbano, las funciones pasadas y presentes, etc., etc. En consecuencia, su preservación deberá significar mucho más que la presencia de un objeto apto para el consumo turístico o estético.

El contexto

Este modo de entender la realidad implica asimismo que en el universo nada existe o tiene sentido si no es en relación a aquello que lo rodea y al todo que lo contiene. Este todo merece una consideración especial, pues de acuerdo con el principio de emergencia, en el todo emerge algo nuevo, algo que no estaba presente en los elementos que lo formaron: las propiedades del todo son específicas y diferentes de las de sus partes.

Si trasladamos estos conceptos a la consideración del patrimonio, surgen ricas consecuencias: por una parte, que el elemento patrimonial adquiere su verdadero sentido solamente en su relación con su entorno (físico o cultural), pero, paralelamente, que a su vez el ambiente mismo adquiere su sentido a partir de su relación con el elemento patrimonial: que ambos cobran significado uno en función del otro. Más aún, que la unión de ambas partes da lugar a un significado que no existía en cada una de ellas.

Un edificio histórico, por ejemplo una gran iglesia, que ha perdido su entorno original y se halla hoy en el seno de un ámbito moderno, perdió también su significado urbano primero aun cuando mantenga su función religiosa; pero adquirió el nuevo significado de constituir una marca

histórica en ese nuevo entorno (significado que antes no poseía); en tanto que el entorno moderno, a su vez, ve remarcada su modernidad —que de otra manera podría permanecer inadvertida o resultar poco significativa— por la presencia del pasado en su seno. En el conjunto de ambos, además, aparece la rica complejidad de un mundo en el que está presente la historia, complejidad de la que carece cada uno de los protagonistas separadamente.

De aquí podría deducirse que la condición patrimonial reside precisamente en la relación entre el elemento patrimonial y su entorno, entre lo nuevo y lo viejo, puesto que en este conjunto emergen nuevos significados, inexistentes en las partes separadas, significados que son aquellos que en adelante se percibirán como valores históricos o elementos de identidad urbana.

Puede fácilmente imaginarse que el tratamiento de un elemento patrimonial desde esta perspectiva adquiere matices de gran interés, que involucran directamente a su entorno y superan de lejos la mera conservación edilicia. *El mantenimiento del carácter de la relación entre lo viejo y lo nuevo se convierte en el eje de la cuestión.*

La relación entre los *centros históricos* de las ciudades y sus partes modernas ha de entenderse asimismo desde esta perspectiva. El centro histórico no debiera aparecer como un objeto extraño enquistado en el cuerpo de la ciudad moderna, sino como una parte constituyente de un todo, un todo enriquecido por el diálogo entre lo nuevo y lo viejo.

Para que ese diálogo sea posible resulta indispensable mantener la continuidad de la vida urbana entre ambos sectores. Esto parece muy difícil de lograr en la mayoría de las ciudades latinoamericanas con valiosos centros históricos, en las que la tugurización, el abandono o, en ocasiones, políticas equivocadamente conservacionistas dificultan una integración orgánica. La integración se da con mayor facilidad en los que alguna vez he llamado centros *históricos no consolidados*, en los que alternan en un mismo ámbito edificios de diversos períodos históricos, sin un sólido tejido histórico que los contenga, y el diálogo se da casi naturalmente a través de una vida urbana que comparten.

119

El tiempo cósmico

En el viejo paradigma el mundo es concebido como un autómata *atemporal*, la imagen del universo es la de un gran artefacto mecánico, eterno e inmutable en su funcionamiento. En tanto, en el nuevo paradigma el *tiempo* impregna toda la realidad: nada existe fuera del tiempo, que es irreversible y sigue la dirección que marca la segunda ley de la termodinámica, esto es, la de la creciente entropía, la dirección hacia el desorden, hacia la desorganización. (En el mundo social y biológico, por el contrario, aumentan la organización y la complejidad, constituyéndose así en fuerzas de sentido contrario que impiden la caída definitiva en la desorganización.) Se ha hablado de *la flecha del tiempo* para expresar el carácter dinámico, direccional, irreversible, del tiempo.

En el antiguo paradigma, pues, el tiempo no afectaba a los fenómenos. En tanto que en un universo inmerso en «la flecha del tiempo» nada puede concebirse fuera de él, todos los fenómenos quedan afectados por la dinámica del tiempo. Pero el tiempo, a su vez, puede ser considerado desde diversos puntos de vista.

El tiempo histórico

En el campo de la *Historia* el tiempo aparecía tradicionalmente como lineal y unitario. Pero desde que Fernand Braudel describió la naturaleza compleja del tiempo histórico, éste ya no puede leerse como una línea única. Braudel distinguió distintos tipos de *duración histórica*: larga, media y corta, que corresponden a otros tantos tipos de desarrollo histórico. La *larga duración* se refiere a amplias estructuras casi inmóviles en el tiempo (marcos geográficos, estructuras mentales, por ejemplo); la *duración media* expresa ciclos de menor duración, que pueden alcanzar algunas decenas de años, y a su vez la corta duración es la que corresponde al acontecimiento, al hecho aislado.

Esta concepción del tiempo múltiple puede ayudar a comprender el modo de vida del monumento en el seno de la ciudad, el que podría describirse como compuesto por una duración más larga, la del monumento mismo, inserta en una duración media, la del medio físico que lo rodea, y en otra más breve, la de los variados modos de uso del espacio urbano.

- 120 La presencia del monumento, en efecto, persiste durante siglos, en tanto que su entorno «moderno» se va renovando, según las culturas y las épocas, en el lapso de decenios. A su vez, los hábitos sociales, los modos de uso del espacio urbano, pueden tomar el carácter de acontecimientos puntuales o casi puntuales, que se van tornando progresivamente más breves a medida que avanza el siglo. Pero además unos hábitos aparentemente idénticos en la forma, unos usos del espacio público tradicionales (como pueden ser los autos sacramentales en el frente de las catedrales, o los torneos y desfiles en las plazas cívicas), cambian profundamente sus significados, al dejar de ser actos religiosos o cívicos para convertirse en espectáculos con función turística.

En las ciudades latinoamericanas las diferencias de duración se hacen más agudas que en las antiguas ciudades europeas, pues en ellas coexiste el paso regular de la historia con el predominio de la corta duración, del acontecimiento, que caracteriza a la superficie del su tiempo. En estas ciudades la constante destrucción/construcción de edificios, las intervenciones urbanas puntuales, especie de borradores de ciudad nunca concluidos, superponiéndose interminablemente, crean un tejido móvil, que se asienta (o quizás debería decirse que flota) sobre las trazas antiguas, sobre las permanencias a veces casi irreconocibles que subyacen bajo esa superficie inestable.

De ahí que a la complejidad del tiempo en que viven los edificios deba agregarse esta complejidad del tiempo urbano. El significado del elemento patrimonial, pues, no solamente se mutila si

se lo considera atemporalmente, como algo dado de una vez para siempre, sino que para su cabal comprensión ha de leerse en el entrecruzamiento de esas desiguales líneas de temporalidad.

El tiempo vivido

El tema del tiempo, en lo que a nuestra cuestión compete, puede examinarse bajo muchos aspectos. Uno de ellos es la diferencia entre el *tiempo del reloj* y el *tiempo de la experiencia*, esto es, entre el tiempo medido y el tiempo vivido. En la comprensión del elemento patrimonial suele predominar el segundo de estos tiempos, por más que se citen fechas y datos precisos acerca de la edad cronológica del edificio, puesto que el tiempo de la experiencia es el que otorga significado al monumento, por lo que varía para cada generación que está en su presencia. Es sabido que no hay una manera puramente objetiva de percibir una cosa: con nuestra observación *construimos una realidad, tanto inventamos como descubrimos* la realidad.

Debe agregarse a esta consideración el hecho de que el significado de la arquitectura es un significado cultural, por lo que en su lectura, a más de las intenciones del arquitecto y la carga cultural de su propio ambiente, encontramos cada vez el espesor que la historia ha ido agregando, con lo que el primitivo significado se ha transformado, ha sufrido olvidos, ha adquirido nuevas memorias, despierta resonancias inéditas y cambiantes.

(Si quisiera dar un ejemplo significativo de lo que implica el tiempo vivido y la carga histórica para la comprensión de la arquitectura quizás nada sería más claro que la lectura de la arquitectura neoclásica: para gentes de mi generación resucitar el Neoclasicismo trae inevitablemente ecos de nazifascismo; para generaciones sucesivas esa carga histórica no es legible y pueden mirar las obras de Albert Speer o aceptar ciertas propuestas posmodernas sin experimentar el rechazo profundo que a algunos nos producen.)

También el mito actúa dando forma especial a la visión del patrimonio: en la Argentina, por ejemplo, todo edificio al que se quiere asignar popularmente un valor es calificado como «colonial», así sea del siglo XIX o aun de comienzos del XX: pues para el ciudadano corriente lo verdaderamente digno de ser considerado histórico es lo colonial: su tiempo imaginado no coincide con el tiempo medido.

El tiempo informático

Hasta aquí he hablado del tiempo cósmico, del tiempo histórico y del tiempo vivido. En todos ellos reconocemos el carácter de dinamismo, el movimiento, la fuerte direccionalidad, como asimismo *la presencia de un espacio* que desarrolla su existencia en el tiempo. Pues bien, si algo pudiera hacer evidente la vigencia del *principio de complejidad* reconocido en los nuevos modos de pensamiento es la condición del *tiempo percibido en el universo informático* en que estamos inmersos.

Pues el tiempo de la informática es, paradójicamente, un tiempo que no se despliega, que parece instalado en el presente; a través de su manipulación por los medios de difusión masiva, en particular de la televisión, la historia se presentifica, se achata en un puro presente. La dinámica del tiempo parece cambiarse por una agitación inútil, por un movimiento por el movimiento mismo. Además, al abolir la materialidad, sustituida por la mera imagen, o, más aún, por el simulacro, se anula la relación tiempo/espacio, se *suprime el espacio*.

La lógica del simulacro convierte antiguas realidades en imágenes audiovisuales, escamoteando así el pasado, con lo que hace inviable todo proyecto de futuro, pues sin pasado no hay presente ni tiene significado el porvenir.

Así *tiempo y espacio*, las coordenadas que permiten al individuo representarse su situación con relación a la totalidad, se disuelven, dejándolo perdido en el vacío. Y ésta ha sido llamada, precisamente, la *era del vacío* (Lipovetsky).

Contemporáneamente, el carácter del espacio urbano de las metrópolis se ha transformado de tal modo, que su aprehensión y su representación son ya imposibles con los medios tradicionales de percepción. La complejidad de los sistemas de funcionamiento de la vida urbana, el desorden espacial, el descentramiento, la multiplicidad étnica y social, la coexistencia de modos de vida formales e informales, las discontinuidades, la extensión ilimitada, componen una situación que exige la creación de nuevas herramientas perceptivas (Jameson).

122

La experiencia de semejante presente, la angustia que provoca la desorientación y el vacío producen por una parte el abandono de la lucha, las expresiones que se ha llamado *débiles* en arquitectura o en otros ámbitos de creatividad.

Pero por otro lado incitan al habitante a intentar restablecer de algún modo un orden de referencia, a reconstituir imaginariamente el fluir del tiempo histórico y a reconocer o reinstalar la memoria de los lugares. La *nostalgia* es uno de los síntomas más visibles e inmediatos de esas búsquedas, el intento vano de regresar a un tiempo en el que las vidas parecían tener un sentido más claro. Pero las modas retro, las películas en atmósfera de los años 20 ó 40, la «recuperación» de figuras políticas o artísticas de aquellos años, etc., etc., no hacen más que sustituir un pasado real, una vez más, por un simulacro; esto es, por la imagen de una realidad que nunca existió. No parece fácil restaurar la corriente de la historia a partir de tales experiencias.

En la arquitectura se han producido diferentes intentos en esta dirección. Por una parte la representación del pasado mediante estereotipos o simulacros, en el llamado «posmodernismo», que no hizo más que añadir agitación a la superficie del tiempo sin alcanzar un verdadero anclaje con el pasado ni una proyección hacia el futuro. Por otro lado la orientación hacia la búsqueda de tradiciones y valores locales o regionales cuyo desarrollo hacia el futuro permitiera establecer una continuidad cultural, reconstruir el movimiento del tiempo histórico desde un espacio

real, conciliando tradición con modernidad. Por último, la recuperación del patrimonio arquitectónico y urbano, los que aparecen como puntos de referencia invaluable en este universo hábil y difuso.

Los elementos patrimoniales adquieren así un sentido y una función particulares que trasciende lo estético o lo estrictamente testimonial para convertirse en un *núcleo de orden* –temporal y espacial–, en una valla frente al avance del desorden representado por el olvido y por la pérdida del sentido del lugar. Frente a la sustitución del tiempo natural por el tiempo informático, a la anulación de la relación tiempo/espacio, a la presentificación de la historia y la consiguiente pérdida de la experiencia del pasado y la esperanza del futuro, frente a un mundo poblado de simulacros y despoblado de realidades, la presencia del patrimonio representa un anclaje, un punto de referencia desde el cual intentar la comprensión de la totalidad.

La permanencia profunda bajo la superficie de los cambios, la continuidad mantenida durante las transformaciones, ha sido interrumpida por «el pensamiento moderno, que capta todas las cosas bajo el aspecto del movimiento. Este tiempo ha sido el tiempo del pensamiento desarmado, deshecho, impotente para hacer inteligible un mundo donde la única certeza es la del movimiento» (Balandier).

Este pensamiento moderno, que ha caracterizado a un mundo «desencantado», está siendo sustituido por un pensamiento holístico, que aspira al «reencantamiento» del mundo. La presencia viva del patrimonio arquitectónico y urbano, que afirma la continuidad del tiempo y de las tradiciones culturales, que materializa el espacio en disolución al otorgar sentido a los lugares, que se une al desarrollo de la vida urbana para crear una y otra vez nuevos significados, es sin duda uno de los instrumentos válidos para el avance de este proceso, para la búsqueda de un mundo reencantado. ©

123

BIBLIOGRAFÍA

- Fernand Braudel, *La Historia y las Ciencias Sociales*, Alianza Ed., Madrid, 1968.
- Umberto Eco y otros, *La nueva Edad Media*, Alianza Ed., Madrid, 1974.
- Luis Fernández-Galiano, *El fuego y la memoria*, Alianza Ed., Madrid, 1991.
- Cristian Fernández-Cox, «Hacia una Modernidad apropiada: factores y desafíos internos», en A.A.V.V., *Arquitectura Latinoamericana. Pensamiento y Propuesta*, Summa, UNAM México y otros, 1991.
- Cayo García, Curso sobre *Los nuevos paradigmas del pensamiento*, Universidad Católica de Córdoba, 1993. Inédito.
- Frederic Jameson, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Paidós Studio, Buenos Aires, 1992.
- Karl Jaspers, *Ambiente espiritual de nuestro tiempo*, Ed. Labor, Barcelona, 1933.
- Guilles Lipovetsky, *La era del vacío*, Anagrama, Barcelona, 1986.